

Editorial

55-56

Sánchez, el presidente del gobierno español, perdió las elecciones.

Pero no estaba dispuesto a perder el poder, pues no hay nada que le guste tanto.

Se alió entonces con cualquiera para conservarlo.

Con cualquiera: incluidos delincuentes condenados. Para ello, les otorgó, ya no el perdón, sino incluso la amnistía –el borrado de sus delitos– a cambio de que le votaran.

En suma: compró, con esa amnistía, el poder.

Invocó, para justificarlo, con notable desparpajo, el peligro de que Vox apoyara un gobierno del PP, lo que, declaró, sería el peor de los males.

¿El peor de los males?

Si Vox fuera violento –y obsérvese que usamos el condicional–, lo sería infinitamente menos que Bildu, que ha presentado a terroristas

en sus listas electorales hace bien poco, o que la muchachada independentista que lleva años impidiendo violentamente la libertad de expresión en las universidades catalanas –del mismo modo, por cierto, como lo hacían los fachas originales en los últimos años del franquismo.

Si Vox fuera racista, lo sería mucho menos que Junts, ERC o Bildu, partidos que se afirman en el desprecio paranoico de los españoles –paranoico porque, después de todo, ellos mismos también lo son: la nacionalidad de uno, como el sexo biológico, que le vamos a hacer, niños, no se decide: es un dato de lo real.

En nada se distingue mejor a un antidemócrata, –y, más concretamente, a un aspirante a dictador–, que su condena de la oposición como, precisamente, *antidemocrática*. Así, el antidemócrata se presenta a sí mismo como el único *demócrata*, y su permanencia en el poder como la única vía para salvar la *democracia*. Aunque esta misma haya comenzado a desaparecer desde el momento mismo en que se pretende excluir de ella a la oposición.

En los últimos años del franquismo había mucha gente que decía, pero en voz muy baja, que ellos no eran franquistas. Ahora bien, cuando se les preguntaba por qué no participaban en las manifestaciones contra el franquismo corrían a decir que claro, no podían asistir a ellas, porque no eran *comunistas*. De modo que asumían dócilmente el discurso del poder, que identificaba como *comunistas* a todos los que se le oponían.

Qué poco cambian las cosas. Olvidado ese oxigenante espacio de democracia que fue la Transición y los años que le siguieron, en los que parecía que España se había reconciliado consigo misma, todo se repite de nuevo, con la simple permuta de la palabra *comunista* por la palabra *facha*.